

NA RRA TIVA «Valentine era una bruja. Estaba convencido de ello y ella misma fomentaba mi certeza. Siendo una bruja buena, la rodeaba un misterio impenetrable, tan palpable que yo me quedaba prudentemente a cierta distancia», escribió Anthony Penrose, el hijo del pintor Roland Penrose y la fotógrafa Lee Miller, refiriéndose a la primera mujer de su padre, la poeta y narradora surrealista Valentine Penrose.

Pocas palabras son tan precisas a la hora de describir a la escritora nacida como Valentine Boué en Mont-de-Marsan solo dos años antes de la llegada del siglo XX. Hoy pocos se acuerdan de su nombre, pero sí de la Condesa Sangrienta, Elizabeth Báthory, cuya vida Valentine Penrose reconstruiría en un largo poema en prosa del que Alejandra Pizarnik sería su más atenta lectora.

En efecto, la poeta argentina publicó en 1966 un relato sobre Báthory en la revista *Testigo*, tras haber leído el libro en el que Penrose, como señala la propia Pizarnik, encuentra la belleza en la más sangrienta y sádica de las historias: Penrose «juega admirablemente con los valores estéticos de esta tenebrosa historia. Inscribe en el reino subterráneo de Erzsébet Báthory en la sala de torturas de su castillo medieval: allí, la siniestra hermosura de las criaturas nocturnas se resume en una silenciosa palidez legendaria, de ojos dementes, de cabellos del color suntuoso de los cuervos».

¿Qué es lo que atrajo a Penrose de la sangrienta reina de los Cárpatos? ¿Fue su interés por el esoterismo, por la magia negra que encuentra su lugar entre «el humo acre de las hojas de belladona y de estramonio»? ¿O fue la pregunta sobre el mal, la pregunta irresoluble sobre una mujer, la condesa, en la que la poeta halló en paradójica consonancia la belleza y la crueldad? Es leyendo *La surrealista oculta*, donde se reúnen sus prosas y poemas, y *La condesa sangrienta*, ambos libros publicados ahora por la editorial Wunderkammer, que surgen todas estas dudas y es en busca de sus respuestas, nunca únicas y siempre aproximadas, que el lector se adentra en el complejo y singular universo de Penrose.

Fue retratada por Man Ray,



La escritora francesa Valentine Penrose.

VALENTINE PENROSE

Al rescate de la diosa pagana

La extrañísima y desconocida autora de 'La condesa descalza', novela gótica de culto, renace del olvido con la recuperación total de su figura y obra -escritura y 'collages'- que emprende la editorial Wunderkammer

POR ANNA
MARIA IGLESIA

escribió para la revista *La Révolution Surrealiste* de Breton, conoció a Picasso y a Dora Maar y participó en *L'age d'or*, la segunda película realizada por Buñuel y Dalí.

Su nombre, sin embargo, no trascendió en una historia literaria con demasiadas ausencias femeninas. Surrealista e inclasificable, Penrose fue y sigue siendo una voz singular, una poeta difícil de definir: las imágenes surrealistas, de gran potencia y de gran carga metafórica, que llenan sus poemas, su relación panteísta con una naturaleza en ocasiones descrita con reminiscencias románticas, su interés por la filosofía oriental, disciplina que estudió en la Sorbona, y por el esoterismo, su indagación en el universo femenino y su exploración del amor lésbico.

Todos estos elementos están presentes en la obra de Penrose, desde aquel primer poema, *Pater*, una reinterpretación del Padre Nuestro publicado en 1924, hasta aquellos que escribió tras su viaje a la India en 1936. «*La copa la luna creciente los delfines del cielo blanco/ amar qué bueno era amar era de día/ bajo el cielo muerta amor cambiado el talismán/ bella hundida de azul feliz y desaparecido/ tus sándalos se secaron en sus vocales de agua*».

En estos versos, escritos en la India tras los días compartidos con Alice, poeta y ex mujer del pintor austriaco Wolfgang Paalen, encontramos ecos de ese mismo amor evocado en otros versos escritos en aquellas mismas semanas -«*Este cuerpo aquí femenino que cuelga como una gota lejana/ hacia otro aquí esta vez femenino/ donde los cabellos iguales cruzando la sonrisa*»- así como referencias a la luna, imagen recurrente en toda su poesía e imagen recurrente de uno de sus poetas más amados, Federico García Lorca, de quien fue una de sus primeras traductoras.

Junto a la luna, está el cielo y el mar, los dos extremos de un mundo que Penrose abraza como un todo, como una unidad indivisible de la que también forma parte el individuo. Influenciada por Vicente Galarza, vizconde de Santa Clara, que se convertiría en su gurú, la obra de Penrose evoca este universo donde se niega la separación entre conciencia individual y realidad material: para la poeta, no solo hay una correlación entre la conciencia del



Papel y sueños. De arriba abajo, tres de los 'collages' de Penrose realizados en las décadas de los años 40 y 50 en Londres. TATE

ser y la realidad física, sino también entre la voluntad y la representación, entre el yo y el mundo del que forma parte. «*ME FLOREZCO en círculo como una tiara como un alba/ mi mano da una estrella y una estrella la otra/ hablo a las chispas*», leemos en su poema *Hierba a la luna*, expresión de un

yo que nace y se siente parte de la naturaleza, manifestación suprema y última de ese todo indivisible.

Para Penrose, como para otros surrealistas, la naturaleza no es un simple motivo literario, su fascinación por ella, recuerda Arthur, no tenía que ver con «una pasión por el estudio de la botánica», si bien sus conocimientos de la historia natural no eran escasos. Sentía, por el contrario, «un sentimiento puramente romántico» hacia la naturaleza, el lugar en el que se origina el todo, el lugar del misterio que envuelve la existencia, del secreto que el velo de Maya—figura que la poeta recoge del hinduismo— esconde. «Querer despertarse de no estar vivo es lo que hace aficionarse a la sangre, a la sangre de los demás donde quizá se escondía el secreto que, desde su nacimiento, le había estado velado», escribe sobre la Condesa Sangrienta, aunque, por momentos, parece que esté hablando de sí misma.

Y es que leemos en uno de sus poemas: «En el altar de los bosques la sangre deslumbrante en la esquina la hiedra y luego el viento». La sangre aparece no como expresión de violencia, sino de vida, como el elemento que une en una sola imagen al ser humano con la tierra.

Y, de hecho, es en los impenetrables bosques por los que le gusta perderse, en los que Penrose busca descubrir el secreto velado, sabiendo que solo podrá evocar, a través de poemas convertidos en rezos paganos.

«La Natura es un templo cuyos vivos pilares/ dejan, algunas veces, salir confusos nombres», escribió Baudelaire en uno de sus más reconocidos sonetos, *Correspondencias*. Los versos del poeta simbolista parecen evocar la poesía que, años después, escribiría Valentine, para quien el mundo también estaba construido a partir de correspondencias secretas que solo la escritora podía hacer aflorar.

A través de sus poemas, Valentine pasa a través de bosques de símbolos, que evocan esa «tenebrosa y profunda unidad, vasta como la noche», tal y como la

describiera Charles Baudelaire. Le gustaba la oscuridad, aquella que encontraba entre los árboles, porque, paradójicamente, era ahí donde mejor veía. Era un *noir animal*, solo se acercaba a la luna, «más potente, pero menos brillante que el sol».

Como señala su editora, Elisabeth Riera, en muchos de sus poemas, observamos «su preferencia por los sentidos sobre los dogmas, por la naturaleza por encima de casi cualquier otra cosa, transforma el bien y el mal católicos en un bien y mal de escala humana, libre y amorosa, donde se ruega por el gozo, las noches y las flores, el supremo Bien».

De ahí que Riera la defina como una diosa pagana, de ahí también que Anthony vea en ella a una maga, pues en Valentine dialogan lo mágico y lo espiritual, lo material y lo trascendental, el romanticismo y el surrealismo, la tradición occidental y la filosofía oriental. Es esta combinación de elementos lo que hace de Penrose una poeta difícil de circunscribir en una categoría poética cerrada.

Sin prescindir de su erudición, Penrose parece escribir desde los sentidos y desde la experiencia. Sus poemas nacen de sus viajes a Oriente, de sus relaciones personales, pero sobre todo de su

contacto con el espacio natural, de sus largos paseos por el bosque, tal y como recuerda Anthony: «Cada vez que Valentine regresaba de uno de sus largos paseos por los bosques alrededor de Farley Farm, tenía en su mano algún tesoro mágico, como un trozo nudoso de magda, una seta seca o incluso un sapo momificado».

Y aquellos tesoros, extraños para algunos, maravillosos para otros, recogidos en ese bosque, tan similar al que transitaba la condesa en busca de hierbas para pocimas y hechizos, se convertían en material poético, estableciéndose así una estrecha correlación entre la tierra y la escritura. El misterio del bosque es el misterio de su escritura hermética, portadora de un significado profundo que se (re)vela, mostrándose a la vez

NA
RRA
TTVA

Es perfectamente posible, y hasta sencillo, imaginar la

historia de la literatura como una inmensa e incesante conversación universal, una tertulia histórica, el mejor modo que entre todos y todas hemos encontrado para comunicarnos, simultáneamente, todo aquello que cada época ha necesitado comunicar a todos los tiempos, a todos los espacios, a todos los seres humanos que tengan un poco de curiosidad por entenderse. Todas las voces se solapan en el hilo común de la literatura: a eso es a lo que se refería Quevedo en los famosos endecasílabos del soneto aquel que dedicó a los libros: en ellos, decía, «vivo en conversación con los difuntos/ y escucho con mis ojos a los muertos». Por eso, entre otras cosas, es tan importante que la literatura no sea mala: no pueden admitirse notas falsas en esa gran melodía colectiva, nadie tiene derecho a aumentar el ruido o la confusión.

De hecho esa comunicación es tan constante y poderosa que no parece dirigirse exclusivamente a la gente del presente y del futuro, sino que de algún modo esos difuntos están ahí no sólo en forma de voces del pasado, sino como interlocutores perfectamente actuales, que no sólo hablan sino que escuchan, que todavía atienden, con una presencia tácita pero también expresiva. Y los difuntos son, por otro lado, los

PAULA VÁZQUEZ Cuando una madre muere

La escritora argentina abre una vía nueva, imaginativa pero severa, tierna y claroscuro, en el género del duelo filial. El resultado tiene el aire de una de esas fotografías 'robadas' que captan casualmente toda la belleza de la vida y toda la ausencia de la muerte

POR JUAN MARQUÉS

protagonistas de una veta narrativa que siempre ha estado hoy, dando lugar a veces a obras maestras (tres de ellas —las de Georges Simenon, Simone de Beauvoir y Peter Handke— son citadas por María Moreno en la contracubierta, por ser todos libros, como éste, dedicados a la madre), como variante del libro testimonial, en los que se narra en primera persona el duelo ante la muerte de alguien cercano.

Los ejemplos son muchísimos, y algunos muy recientes, pero es de destacar que en *Las estrellas* la escritora, abogada y librera

argentina Paula Vázquez no cae en esa tentación cada vez más habitual de rastrear y de algún modo comentar e incluir los precedentes literarios de lo que ella misma está haciendo. Su libro nace de la vida, no de otros libros. La enfermedad y la muerte de su madre son traducidas a literatura de un modo no lineal, y con inspiradas digresiones que no despistan sino que, bien al contrario, centran la crónica, autorretratan a la escritora, familiarizan con su mirada. Así, por ejemplo, el elegantísimo interludio siciliano.

Ya en las primeras páginas de *Las estrellas* Vázquez avisa de que «mi naturaleza me lleva a buscar motivos, respuestas, a golpear y golpear sobre un mismo tema, hacer girar el objeto,

darlo vuelta, para ver si soy capaz de hacer aparecer alguna clase de verdad»: es una explicación perfecta para este libro, que, incisivo y detallista («se sobrevive atado/ a los detalles»), dice uno de los fragmentos poéticos interpolados en la narración, tiene una cara fría, que es la de la crónica hospitalaria, la sucesión de aspectos físicos, casi técnicos, contada de un modo casi impersonal (no es así el relato

del entierro, muy vívido), y después otra mucho más íntima, que curiosamente no está tan conectada con la agonia de la madre como con la

memoria particular, con los propios sueños, la organización de sus cosas, la gestión de sus sentimientos ante la muerte, sí, pero también frente a otros asuntos todavía más privados.

En algún momento se apunta la magnífica idea de que la verdad es superior al silencio, algo que podría ser todo un lema para los terapeutas, esos mismos que hablan de las «constelaciones familiares», asunto que podría relacionarse con el título del libro, sugerente. La hermana como cómplice, el padre casi como molestia en su impenetrable introspección (en otros versos, tan crudos que recuerdan a Idea Vilariño, se habla de «mi padre/ un hombre pequeño/ para las cosas/ que importan»), los amigos y los viajes como puntos de fuga o los proyectos de libro como refugio donde entender lo que sucede se reparten unas páginas que cada poco tienen que recordarse a sí mismas quién es la protagonista, sin que por ello se haya perdido el hilo, al revés: todos los elementos están allí para acabar enfocándola a ella, tratando de descifrarla.

En el capítulo titulado *Los anillos de mamá* se hace un homenaje *perequiano* a sus manías y hábitos, a su pasado y sus apegos, con tantas dudas como certezas, con detalles precisos y lagunas grandes, asuntos diminutos y decisivos barajados para acabar consiguiendo algo más parecido a una fotografía casual, tomada sin avisar, que a una estatua solemne. La voluntad del libro es pequeña, y de ahí su éxito final, tan notable.

LAS ESTRELLAS

PAULA VÁZQUEZ

160 págs. Tránsito.

15,90 euros



La escritora, abogada y librera argentina Paula Vázquez. EDITORIAL TRÁNSITO